



CAPÍTULO I

CUANDO DIOS LLAMA A LA PERSONA «EQUIVOCADA»

Cuando se habla de la vida de grandes artistas, héroes y próceres de una nación, generalmente se les describe con un cierto hálito de gloria, resaltando las cualidades y virtudes que les distinguen y colocan en la cúspide del reconocimiento humano. De esta manera, se crea alrededor de ellos una esfera romántica e inspiradora, sin mencionar, muchas veces, las oscuras y subyacentes facetas de su personalidad y carácter. Algunos de esos rasgos podrían ser tan lúgubres que, si salieran a la luz, les enterrarían en los lugares más recónditos del baúl de la historia.

Las Escrituras bíblicas, en contraposición, no temen el mostrar las características intrínsecas de sus personajes, ya que ellas no consisten en el relato de las vidas y proezas de grandes hombres, sino en el relato de las vivencias de hombres pequeños en manos de un Dios grande. En consecuencia, la Palabra expone las virtu-

des de sus personajes, pero también exhibe sus defectos, temores, debilidades e imposibilidades. Incluso, en algunos casos, hasta sus más sombríos secretos.

Por ejemplo, al hablar de Elías, uno de los profetas más célebres de la antigüedad, se le describe como una persona sujeta a pasiones semejantes a las nuestras. No era alguien de otra galaxia, impoluto e inquebrantable. Sino más bien un hombre con luchas y temores. Alguien que, en su momento, se movió entre los polos opuestos de la alegría y la depresión, la intrepidez y el miedo. Sin embargo, Santiago relata como Elías «oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto», **Santiago 5:17-18**.

Por otro lado, al hablar de David, un hombre que fue inspirado por el Espíritu para escribir los más hermosos cánticos, salmos y profecías mesiánicas; las Escrituras no procuran encubrir su adulterio con Betsabet, ni sus artimañas y maquinaciones para eliminar a Urías, su esposo. Tampoco oculta los trágicos detalles de los acontecimientos que se suscitaron, en su propia familia, a raíz de esos pecados.

David atravesó innumerables períodos de debilidad, persecución y traición. Vivencias que lo llevarían a expresar palabras tan intensas como: «¡Quién me diese alas como de paloma! Volaría yo, y descansaría. Cierta-

mente huiría lejos; Moraría en el desierto. Me apresuraría a escapar. Del viento borrascoso, de la tempestad», **Salmos 55:6-8**. Solo Dios puede comprender a cabalidad la profundidad de esos sentimientos. No obstante, las Escrituras resaltan las múltiples misericordias de un Dios lleno de gracia quien perdonó y levantó a David para confirmarlo en su reino, aun cuando no lo libró completamente de las consecuencias de sus transgresiones.

El Espíritu se aseguró de que, al reseñar la biografía de los llamados héroes de la fe, no solo se mostrasen sus proezas y hazañas, sino que también se pusiesen en manifiesto sus pecados, fracasos y debilidades. Sus períodos de dudas y temores. Las temporadas en que quisieron renunciar y lanzar todo por la borda. Los momentos cuando, a causa de la opresión y dolor, sintieron que ya no podían más y expresaron su deseo de morir o de no haber nacido.

Cualquiera que hubiese sido testigo de esas etapas en la vida de estos hombres, atiborradas de miedos y angustias, podría haber puesto en tela de juicio el propósito de Dios para con ellos. Pienso que aun ellos mismos llegaron a dudar de su llamado. No obstante, para nosotros todas sus historias se traducen en una señal de esperanza, ya que nos permiten identificarnos con sus sentimientos, dudas, batallas y episodios de flaqueza; pero también nos ayudan a comprender que hay

una salida y que siempre podemos contar con el socorro y el amor del Dios Todopoderoso.

Amigo, tal vez te sientes identificado con este mensaje y reconoces que esta es tu condición. Admites, tal como lo hizo el hijo pródigo, que has pecado contra Dios y contra los hombres y no te consideras digno de su llamamiento, mucho menos de ser llamado su hijo. Si es así, déjame decirte que eres un excelente candidato para que Dios haga una hermosa obra en tu vida. Para que te restaure, sane, levante y use como un instrumento útil en sus manos. El Señor te está esperando, como ese Padre perdonador, con los brazos abiertos para recibirte y hacer fiesta.

Esta “empresa” espiritual, a diferencia de las corporaciones seculares, no está en la búsqueda de los candidatos que se creen los más calificados y preparados, sino más bien en la de aquellos que admiten su torpeza e incompetencia. Esos postulantes a quienes todos descartarían porque consideran que no tienen el perfil adecuado.

Este libro quisiera dedicarlo a aquellos que no se sienten autosuficiente ni sabios. A aquellos que han sido etiquetados por el mundo, por sus familiares y aun por ellos mismos, como las personas «equivocadas». A aquellas personas a las cuales se les ha impreso, en sus mentes, ideas como: tú no eres, tú no puedes, tú no sirves, tú no tienes lo necesario o tú no tienes remedio.

A esos a quienes muchos han menospreciado, pero que Dios ha escogido para perfeccionar y completar su obra en ellos.

De igual manera, dedico este manuscrito a aquellas personas que, aunque ante los ojos del mundo son exitosas; se sienten vacías, carentes y necesitan, con urgencia, del abrazo del Padre. A aquellas que sienten que esta vida no consiste solo en nacer, crecer, reproducirse y morir; y perciben que debe haber un propósito mayor detrás de este mundo de apariencias e ilusiones.

En fin, este libro va dedicado a todos aquellos a quienes Dios ha llamado con propósito.

Estimados, tal vez algunos podrían considerar que yo no soy la persona idónea para escribir estas líneas. No obstante, glorifico a Dios quien me ha elegido para plasmar estas sencillas palabras, las cuales espero que sean de mucha bendición y edificación para sus vidas. Gracias por escuchar, en este caso leer, a la persona «equivocada».

He aquí «...Dios es grande, pero no desestima
a nadie...»

Job 36:5.